



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 DE AGOSTO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Los perfumes de la vida

PARÍS POR SEGUNDA VEZ

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Hace veinte años, cuando regresé de mi único viaje a París, me dije: Si viniera una segunda vez, acá fingiría mi muerte. Dejaría que el seguro de vida pagase a mis hijos y yo me perdería en la ciudad: ahogándome en una vida de artista, metiéndome en cada café y visitando museos y galerías. Me ganaría la vida tocando el violín en las calles, recolectando monedas y lanzándolas a las fuentes, pidiendo que se cumplieran todos mis deseos: hasta conseguir una Madeimoselle que me sacara de una posible vida bajo los puentes.

Y aquí estoy, en París por segunda vez: con dos maletas atiborradas de ropa, con el violín en su estuche y todo mi dinero disponible en las tarjetas de débito, y con las tarjetas de crédito listas para ser llevadas hasta sus límites: Espero, ansioso y con miedo en el cuarto de hotel, el taxi que me llevará de regreso al aeropuerto Charles de Gaulle, donde luego deberé tomar el avión de regreso a México.

Arribé a París hace una semana. Tuve reuniones de trabajo hasta las dos de la tarde. La compañía me envió a arreglar los asuntos pendientes de la nueva oficina que extenderá el imperio económico hasta el Brasil. En México me esperan tres hijos recién egresados de la universidad; además de mi mujer y mi trabajo de lunes a viernes, de nueve a nueve, redactando notas financieras: una vida árdua.

Las tardes, en París, las tuve libres. Y como en las películas, aquí siempre ocurren cosas increíbles. El lunes por la noche, mientras paseaba por Champs-Élysées, sentí que una joven me seguía. Llevaba sudadera amarilla con cachucha. Si yo me detenía, ella: igual. Cuando andaba, ella continuaba de manera paralela sobre la calle por donde transitaban los autos, pegada a la banqueta. El miedo me obligó a entrar a un bar. Ella vino detrás de mí. Me sonrió y se descubrió la cabeza: labios pintados de azul violeta. Le invité un trago.

Es checoslovaca, pero tratamos de comunicarnos mezclando francés e inglés. Estudia Historia del Arte en la Escuela del Palacio del Louvre, y tiene una compañera de colegio que ha quedado atrapada en un burdel, donde trabaja por las noches. Quiere ir por ella, a rescatarla, pero necesita a un hispanoparlante para ello. El lupanar fue fundado a mediados del siglo pasado, en honor al poeta César Vallejo, y solo pueden ingresar latinoamericanos mostrando su pasaporte. “Si la traes conmigo de vuelta, haré lo que me pidas”, me dijo robando un trago a mi cerveza.

Quedamos de vernos al día siguiente, el martes por la tarde, en un café cercano a Trocadero. Al burdel solo podía llegarle tomando un taxi en la esquina de Boulevard St. Germain y Rue Frédéric-Suaton, previa llamada a un celular cuyo número me apuntó en una servilleta. Al taxista debía decirse que se deseaba conocer la música de Chabuca



Granda. El preguntaría si quería escuchar poesía de Vicente Huidobro. “No, de César Vallejo”, debía responder en español.

Y tal cual, así sucedió al día siguiente, el miércoles. Una vez en el auto, el conductor giró hacia mí y me entregó una pañoleta para colocarla sobre mis ojos. Treinta minutos más tarde, arribamos. Abrieron mi puerta, descendí y desanudaron el pañuelo. “Por aquí”. Entramos a lo que parecía ser un gigantesco palacio moderno, tapizado de pies a cabeza en alfombra guinda, con iluminación tenue y salas atiborradas de librerías. En la recepción me pidieron el celular; lo guardarían hasta el final. “Me gustaría paladear su Blanc de Blanc Le Mesnil”, le dije a la Hostes. Me condujo por las escaleras y subimos un piso. A la derecha, dos puertas más adelante, había que entrar.

Encontré una mesa circular, pequeña, con una hielera y adentro: la Champán solicitada, junto con dos copas. Me senté en una de las sillas, bastante cómoda. “Espere”. La Hostes cerró la puerta detrás de sí. A los pocos minutos apareció, de detrás de una cortina, una chica hermosa: de piel blanca, cabello rubio y corto y exceso de maquillaje. “¿Eres Miluska?”. “Aquí, soy Brenda”, dijo sentándose. “Tu familia cree que estás muerta”. “Los administradores son expertos en simular un fallecimiento. Se encargan de todo.

Le conté de la checoslovaca. No quiso escuchar mucho. Hizo su trabajo y su despedida fue fría: “Tengo lo que necesito”. El jueves por la tarde me encontré nuevamente con su amiga y le conté lo sucedido. “Vuelve a intentarlo”, me dijo, “llévale esta carta”. Así hice el viernes. Ordené lo mismo y me condu-

jeron al cuarto de Miluska. Entregué la misiva. Aunque algunas lágrimas descendieron hasta humedecer la hoja, me dijo: “No puedo”. “Te propongo algo”, le respondí... y le conté mi historia, mis deseos. Luego ella narró su vida en el lugar, en ese castillo lleno de arte y jardines y libros y conversaciones.

Y aquí estoy ahora, con mi equipaje, esperando el taxi, junto con la checoslovaca. El burdel ha arreglado las cosas para fingir nuestra muerte. Tomaremos el auto, pero nunca llegaremos al aeropuerto. En realidad, vamos al burdel. Los tres viviremos en ese palacio y yo tocaré el violín, arrancando notas pasionales de sus cuerdas. La vida será fantástica.

UNA ROSA PARA MI HIJA
OLGA DE LEÓN

Corté una rosa rosa del jardín de mi casa interior y la puse en un violetero. Que ha de lucir radiante y fresca con agua helada la riego, pues hasta el martes cuatro, a mi hija se la entrego.

Quiero escribir con alegría. Quiero contar solo historias lindas y agradables. Quiero complacer al lector que sufre, por la razón o sin razón que sea que tiene para sufrir ahora, en este preciso momento... Como si no lo supiera... Como si no sintiera su pesar y no me pesara a mí también. Pero eso no importa, que esto es lo que quiero, y ya veré cómo lo logro.

Como si los anhelos se cumplieran con tan solo desearlos con mucha fuerza y en ello se pusiera todo el empeño del mundo, así empiezo —o eso creo— a escribir. No sé si brotará un cuen-

to, un poema, o solo el anhelo que no llegará a verse en estas líneas porque a veces escribo entre ellas, pero nadie puede leer lo que verdaderamente he querido decir con el corazón y mis sentimientos. Como que son entes intangibles que no acabo de mostrar con las palabras, sino esconder detrás de otras, que voy dejando sobre la página en blanco y se esparcen como una mancha difícil de entender.

Así que lo más seguro es que aquí vaya saliendo apenas si solo una sombra del anhelo o del sueño de un alma que ha caído demasiado en la empatía de la tristeza y la desilusión, por lo que transmitir alegría y entusiasmo para los que sufren, será poco probable: ¡lo siento y lo lamento profundamente!

Son los tiempos de la segunda década del siglo veintiuno, año de la pandemia. ¡Las almas sufren hace algún tiempo! Y, aunque nada les falta ni les aqueja físicamente. No obstante, su piel se ha vuelto jardín de rosales trepadores que, cual sauce llorón, va dejando caer su rocío y todo eventualmente lo perfuma de tristeza y nostalgia.

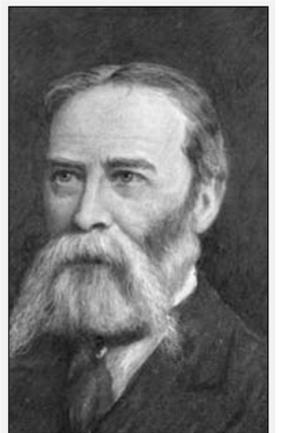
¡Ah!, pero qué fácil es dar consejo y recomendar actividades, lecturas, oraciones, santos y vírgenes a quién se encomienden los otros. Qué fácil es no ver la realidad y refugiarse en el empoderamiento de quién sabe quién, para juzgar y decir al otro cómo se sale de la tristeza.

No es un juego, tampoco es una receta lo que se necesita. Tenemos que estar en la mente, el corazón y el cuerpo del otro... despojarnos de lo nuestro y comprenderlo desde su interior... Porque hablar desde una posición cómoda, donde todo o casi todo lo tenemos resuelto, es demasiado superfluo y vano; así que no caeré en ese juego.

Te amo hermana, hermano, sobrina y sobrinos todos, te amo hija de mi alma y mi corazón... de la misma alma, corazón y matriz de donde tu hermano nació unos años antes... Y no he logrado aún dibujarles con palabras el mundo perfecto para cada cual. Porque sus sueños y sus vidas son vuestras y no mías. Eso lo sé muy bien, como que por más que ambos (sueños y anhelos de vida) se parezcan en lo esencial a los míos, son suyos, que a mucha honra se los han ido fraguando desde la infancia hasta su edad adulta.

Y, es que el mundo lo ignora todo sobre ustedes y cualquier otro. Nada sabe el mundo de su gran corazón, nobles sentimientos y talento ganado no solo en las aulas, eso fue lo de menos, sino lo que han ganado a base de caer y levantarse, cada vez con mayor fortaleza y entereza.

Los amo hijos, sobrina hermosa... y me disculpo porque hoy no escribí ni cuento ni poema... ni con alegría o felicidad... Pero sí con mucha ilusión, porque cuento con sus cariños y porque mañana ustedes serán la alegría de quienes los rodean. Una sonrisa suya iluminará al mundo de esperanza, y será cual exquisito perfume, elixir vital



James Russell Lowell

James Russell Lowell fue un poeta, crítico, editor y diplomático estadounidense, del movimiento romántico. Se le asocia con los llamados Fireside Poets. En 1877 fue nombrado embajador en España. Lowell se graduó en el Harvard College de la Universidad de Harvard, en 1838, pese a su reputación problemática.

Nació el 22 de febrero de 1819 en Cambridge, Massachusetts, y murió el 12 de agosto de 1891, fue un hombre muy influyente en su tiempo.

Miembro de una distinguida familia de Nueva Inglaterra, Lowell se graduó en Harvard en 1838 y en 1840 se doctoró en Leyes. En 1844 se casó con la prometida poetisa María White, que había inspirado sus poemas del libro titulado La vida de un año (1841) y que le ayudaría a encauzar sus energías de modo fructífero.

En 1845 Lowell publicó las Conversaciones sobre algunos de los poemas clásicos, una colección de ensayos críticos que incluyen ruegos a favor de la abolición de la esclavitud. Desde 1845 a 1850 escribió aproximadamente 50 artículos antiesclavistas para varias revistas y algunos poemas como “La crisis actual”, “Sobre la captura de esclavos fugitivos cerca de Washington”... Aún más directos y efectivos fueron Los escritos de Biglow, que empezó a publicar de forma continuada el 17 de junio de 1846, cuya Primera Serie fue recogida en un libro en 1848 (la Segunda Serie abarca desde 1848-66).

Pretendiendo estar compuesto por los poemas de Hosea Biglow, un granjero yanqui de la aldea ficticia de Jaalam, que se opone vehementemente a la guerra contra México, y los comentarios en prosa del reverendo Homer Wilbur, quintaesencia de lo que Holmes iba a denominar más tarde “la casta de los brahmanes de Nueva Inglaterra”, el libro constituye una maravillosa mezcla de voces y estados de ánimo, de prosa y verso, de inglés clásico, de habla yanqui y de un latín destrozado. Jaalam, la aldea inventada por Lowell, con su párroco anticuario, sus granjeros prósperos y llenos de sentido común, sus reuniones comunales y su asistencia a la iglesia, tiene la perfección de un cuadro, y es eminentemente apropiada para emitir un juicio “sobre aquellos estados esclavizadores de negros”.

El Presidente Rutherford B. Hayes premió el apoyo de Lowell a la convención Republicana en 1876 enviándole primero como Ministro a España (1877-80) y después como Embajador a Gran Bretaña (1880-85). Después de que su segunda esposa muriera en 1885, Lowell se retiró de la vida pública.

ad pédem literae

“La muerte como final de tiempo que se vive sólo puede causar pavor a quien no sabe llenar el tiempo que le es dado a vivir.”

Viktor Frankl

Letras de buen humor

“Hay obras maestras que lo son por el monumental aburrimiento que provocan”

Luis García Berlanga

Mónica Lavín

Leer a Gioconda Belli en tiempos de pandemia

Había leído la novela finalista del Premio bial de novela Mario Vargas Llosa en 2019, de la autora nicaragüense Gioconda Belli: Las fiebres de la memoria. La autora rescata, construye, ficcionaliza y dignifica, a través de una minuciosa investigación, su propia genealogía. Recupera así la historia singular del abuelo de su abuela Graciela Zapata Choiseul de Praslin en Matagalpa, Nicaragua, a su vez un secreto para la vida de su propio padre. El protagonista fue un noble en la corte de Luis Felipe de Orleans, rey de Francia, en las postrimerías de la Revolución francesa (1847). El asesinato de su esposa y su fingido suicidio llevarán a Charles Choiseul de Praslin (al final Jorge) a huir de París a Inglaterra, a Nueva York, hasta llegar por el río San Juan, invitado por Cornelius Vanderbilt, hasta Nicaragua. Narrada en primera persona, bajo el artificio clásico del manuscrito encontrado, Belli nos coloca no sólo en una época fascinante de la historia europea (1847), sino que simpatizamos con quien pensamos ha cometido un crimen llevado por las exigencias de su apasionada amante, la institutriz de sus hijos. El periplo para encontrarla nos revelará otra cara de la verdad, y nos acercará a los claroscuros de un personaje, tan pronto inclinado a la herbolaria medicinal, como nostálgico de la vida y la identidad que dejó en París.

Esta es una historia de la posibilidad de la reinención y su costo. Es una historia del peso de un nombre y la oportunidad de resurgir desde el nuevo mundo, más cerca de la tierra que del ocio nobiliario. La exploración geográfica va apareada con las preguntas interiores, con la culpa, la extrañeza y la posibilidad de ser otro siendo el mismo. La novela lleva el olor de la sangre. Un gran capítulo de cierre nos recuerda que la felicidad prolongada es imposible, y por eso las novelas no nos cuentan más allá del triunfo de los héroes (una de las varias alusiones a las novelas, su artificio y su función que la autora hace). El tema de la verdad y la mentira es central incluso porque las novelas a través de la ficción encarnan su verdad.

Pero decía yo que había leído esta novela que volví a leer en días pasados, producto de un taller de lectura donde la recomendé y me di cuenta que se lee diferente en tiempos de pandemia. Mis subrayados crecieron con las alusiones en diversos momentos de la novela a epidemias devastadoras. La madre de la amante de Charles había muerto joven de la epidemia de cólera. En el barco que los lleva de Liverpool a Nueva York, Charles y su acompañante, Ibrahim, se enteran de los barcos-tumbas a los que no se les permitió atracar por el tifus. Las epidemias son un asunto recurrente en ese siglo XIX, la malaria misma en tierras tropi-



cales, que no podemos mirar con indiferencia en tiempos de coronavirus. Me entusiasmó el poema de Tennyson, a quien conoce el protagonista en la isla de Wright, donde está escondido con otro nombre, sobre el aburrimiento de Ulises, una vez llegado a Itaca. Esas líneas de Tennyson me remiten a la inmovilidad y quietud en tiempos de confinamiento. Claramente no estamos hechos para eso, somos más el Ulises de Tennyson, cuyos últimos versos tomo de la propia novela: Venid amigos

Todavía no es tarde para salir en pos de un mundo nuevo (...)

Y aunque nos falte la fuerza que en otros tiempos movía cielo y tierra, no hemos dejado de ser esto que somos: heroicos y atrevidos corazones ablandados por el tiempo y el destino pero impulsados por la incansable voluntad de persistir, buscar, hallar y no cejar.

Sin duda se lee diferente en tiempos de pandemia.